

HISPANIA



12 Dic 1900

Número extraordinario dedicado al eminente pintor Joaquín Sorolla

SUMARIO

TEXTO: Joaquín Sorolla y Bastida, *por Aureliano de Beruete*. (De «La Lectura»).

ILUSTRACIÓN: Portada. (*Retrato Sorolla*).—Retrato de mi hija.—Sorolla en distintas épocas de su vida. (*Fotografías de D. A. García, Valencia*).—Familia Sorolla.—Boceto.—Panneau decorativo.—La Parra. Prensa. Vendimia. Bacanal. (*Panneaux decorativos*).—Retrato de D. Raimundo de Villaverde.—Boceto.—Vistas del taller de Sorolla. (*Fotografías*).—Retrato de niña.—Estudios.—Fin de la jornada.—La Primavera.—Fabricación de pasa.—Almacén de pasa.—Idilio.—Triste herencia.—Saliendo del baño.—*Suplemento*: Estudios de desnudo.



RETRATO DE MI HIJA



JOAQUIN SOROLLA Y BASTIDA

Lo primero que le ocurre al que con espíritu crítico contempla una obra de arte, después de haber gozado silenciosamente de la impresión que ésta le produce, es preguntarse cómo, cuándo, bajo qué influencia fué creada, cuál ha sido su génesis, por qué es así y no de otro modo, dada la infinita variedad de tipos á los cuales pudo subordinarse. Esta curiosidad despierta en el contemplador multitud de ideas y de recuerdos que le mueven á comparar la obra que se los ha sugerido, con otras que le son familiares, las cuales de tiempo atrás se hallan estudiadas y clasificadas por la crítica.

Al encontrarnos frente á la tan rica y variada producción del artista objeto de este estudio, deseamos saber quién es ese artista, el cual, joven aún, desconocido no hace mucho tiempo y discutido hasta hace poco, está hoy reputado como una de las eminencias de la pintura contemporánea. Quisiéramos, además, definir la característica de su estilo y tendencias, cosa difícil si se trata de un pintor del pasado, casi imposible tratándose de un contemporáneo que se halla en el pleno florecimiento de sus facultades naturales.

Algunos datos biográficos recogidos de labios del artista nos darán idea de sus primeros pasos en su profesión, de los maestros que le iniciaron en ésta, y también de su carácter y fisonomía moral.

Nació Joaquín Sorolla en Valencia el 27 de Febrero de 1863. Huérfano de padre y madre, á quienes perdió en breves días, cuando él contaba dos años de

edad, víctima de la invasión colérica en aquella ciudad, en 1865, fué recogido, en compañía de su hermana, por sus tíos D. José Piqueles y D.^a Isabel Bastida, esposa de éste y hermana de la madre de Sorolla. Á tan noble rasgo de caridad debemos la salvación de una vida preciosa para el arte, y no sería justo dejar de rendir el tributo de gratitud que merecen aquéllos, que fueron, en realidad, los padres y primeros protectores de Sorolla.

Nacido y criado en Valencia, tiene el pintor en sus venas sangre aragonesa y catalana, pues su padre era natural de Cantavieja, pueblo de la provincia de Teruel, y su madre, valenciana de nacimiento, era hija de padres catalanes.

Asistió en su infancia á la escuela Normal de Valencia, en la cual no demostró grandes aptitudes como alumno de primeras letras. En cambio, se inició su vocación para las artes de modo tan manifiesto, que uno de sus maestros, D. Baltasar Perales, Director en la actualidad de aquella Escuela, al ver que el niño, en vez de aplicarse al estudio de la gramática, se entretenía incesantemente en borrar cuantas hojas de papel le venían á la mano, le regaló lápices y colores, y aun hizo la vista gorda respecto de la desatención del chico hacia el estudio. Libre de toda reprensión, no se ocupó desde entonces de otra cosa que de dibujar á su capricho y copiar cuantas estampas le facilitaban sus compañeros.

En vista de que el muchacho no sacaba fruto de la enseñanza de la Escuela, resolvió su tío, dueño á la sazón de un taller



Joaquín Sorolla á los 18 años

de cerrajero, meterlo a aprendiz de este oficio, en el cual, ayudando á los oficiales en las faenas de la fragua y de la lima, en lucha con las durezas del hierro, fué templando su cuerpo para otras faenas más duras aún que en la vida le aguardaban.

Tuvo también su tío el buen acuerdo de ayudar la vocación del muchacho, haciéndole que asistiera, las horas libres de la noche, á las clases de dibujo de la Escuela de Artesanos. En ésta, y bajo la dirección del profesor Don Cayetano Capuz, se aplicó Sorolla de tal suerte, que obtuvo el primer año todos los premios.

Á la edad de quince años entró en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos, abandonando definitivamente el taller de cerrajería, y dedicándose en cuerpo y alma, día y

quez y Ribera. El último lo efectuó en la primavera de 1884 para presentar en la Exposición su cuadro *El Dos de Mayo*, que acababa de pintar en Valencia, con el cual hizo su brillante aparición en el mundo del arte.

Pintado con el brío y la fogosidad de los veinte años; lleno de vida, de movimiento, de luz y color; inspirado en un hecho que conmovió las fibras del artista enamorado de lo épico y legendario, reveló por completo esta obra las cualidades raras de su autor, haciendo presentir lo que de él podía esperarse en adelante.

Tan sólo acometerlo fué clara muestra de una intuición genial, pues no creemos que hasta entonces se hubiera intentado por nadie, en España al menos, pintar directamente un cuadro con figuras de tamaño natural en pleno



á 18 años



á 19 años

noche, al estudio del dibujo y de la pintura con tal aprovechamiento, que en el primer curso ganó los premios de colorido, dibujo del natural y perspectiva.

Por aquellos días conoció á D. Antonio García, el cual adivinó bien pronto las dotes del joven y le dispensó desde entonces abierta protección y amistad, concediéndole una pensión anual, que disfrutó el pintor hasta el día en que, habiendo logrado satisfacer las exigencias de la vida con el fruto de su trabajo, y asegurada en lo posible su independencia de artista, vió cumplidos los anhelos de su corazón, uniéndose en matrimonio con la hija de su protector, D.^a Clotilde García.

Durante los años de su educación artística en la Escuela de San Carlos de Valencia, hizo Sorolla á Madrid tres viajes: el primero, en 1881, realizado tan sólo para ver y estudiar la Exposición de Bellas Artes, en la cual presentó tres cuadros de marina, que pasaron inadvertidos, y que él borró más tarde. Al año siguiente volvió para hacer estudios en el Museo del Prado, dedicándose á copiar exclusivamente varias cabezas de los cuadros de Velázquez

sol. Para realizarlo hubo de utilizar Sorolla, como taller, los corrales de la Plaza de Toros de Valencia, en donde, á fuerza de quemar pólvora y de envolver en humo á los modelos, quiso resucitar ante su vista la escena real, para trasladarla al lienzo tal y como su imaginación se la había representado.

Á pesar de que en el segundo, y principalmente en los últimos términos del cuadro, donde aparece mayor el fragor del combate, no permite el humo que sean apreciados los detalles de las figuras, hizo gala el pintor de sus conocimientos del dibujo y anatomía en las de primer término, especialmente en aquéllas que representan á los dos heroicos artilleros Daoiz y Velarde, en las cuales la expresión de su fisonomía y las actitudes de piernas y brazos le dieron ocasión de probar la maestría adquirida en la escuela de San Carlos.

El cuadro *El Dos de Mayo*, premiado con medalla de segunda clase en la Exposición de 1884, fué adquirido por el Estado y se halla hoy en el Museo Balaguer de Villanueva y Geltrú.

Regresó Sorolla á Valencia después de su primer triunfo, y no tardó en obtener otro, pues aquel mismo año de 1884 le fué otorgado el premio de la Diputación de aquella provincia en el concurso celebrado para la pensión á Roma por su cuadro *El Palleter dando el grito de la Independencia*, inspirado en un hecho histórico análogo al de *El Dos de Mayo*. Tiene con éste grandes analogías por el movimiento y vida de las numerosas figuras que en él se ven representadas.

Al cumplir veintidós años, á principios de 1885, partió á Roma, en donde bien pronto conoció á aquellos artistas que formaban la brillante colonia española, Pradilla, Villegas, Sala y otros, cuyas lecciones y consejos hubieron de guiarle en el desempeño de los estudios de desnudo

¿Quién sabe si no fué beneficioso para el desenvolvimiento de su personalidad artística el hecho de que esta influencia de los grandes pintores modernistas del Norte, no se haya dejado sentir en las obras de Sorolla sino algunos años más tarde, cuando, dueño ya de reprimir su asombrosa facilidad y su facultad creadora tan fecunda, pudo asimilarse las cualidades salientes de aquellos maestros sin detrimento de las suyas propias?

Durante los seis meses que permaneció en París, trabajó de manera vertiginosa, haciendo por el día estudios serios en su taller, y tomando apuntes al lápiz de cuanto veía en la calle, en los ómnibus y en los cafés animados de los bulevares, hasta las altas horas de la noche.

Regresó á Roma, en donde volvió á respirar una atmós-



á 20 ó 21 años



á 24 años

que como pensionado debía ejecutar. Á estos trabajos dedicó los primeros meses del año citado, y en la primavera del mismo marchó á París en compañía de su amigo el distinguido artista D. Pedro Gil.

En esta visita á París, ante las obras expuestas en el Salón de aquel año, en la Exposición de Menzel, y especialmente en la de Bastien Lepage, abrió Sorolla sus ojos por vez primera al movimiento iniciado entonces en la pintura moderna.

Todavía, sin embargo, no se había presentado en París, en toda su pujanza, aquella pléyade de pintores escandinavos y finlandeses que tanto sorprendió al mundo en la Exposición universal de 1889, y cuyo principal mérito fué el de hacer extensivos á todos los géneros de pintura los procedimientos usados de mucho tiempo atrás por los grandes paisajistas modernos. Á haberlos conocido entonces Sorolla, es seguro, dadas sus aficiones y tendencias, que se habría dejado influir por ellos, tan sinceros, tan vigorosos, tan coloristas y, sobre todo, tan independientes.

fera artística bien diferente de la de París, y en oposición abierta á su temperamento de pintor. Á pesar de esto, la fuerza del medio ambiente le hizo abandonar la senda del realismo tan fielmente seguida por él hasta entonces, y el deseo de hacer una obra de gran tamaño y de un asunto transcendental, le llevó á emprender el cuadro *El Entierro de Cristo*.

Trabajó en éste más que en cuadro alguno. Empezó por llenar el lienzo de figuras que poco á poco fué haciendo desaparecer de él, no dejando al término de la obra sino aquéllas indispensables para caracterizar la escena representada. Por fin, tras muchas vacilaciones y cambios, hubo de darlo por terminado y lo presentó en la Exposición de Madrid de 1887, en la cual no dejó de sorprender por el contraste que ofrecía con *El Dos de Mayo* del certamen anterior.

El entierro de Cristo, de Sorolla, no es un cuadro vulgar. La originalidad de su composición y el tinte dramático en que se halla envuelto, le hacen interesante. Pero hay que reconocer que, inspirado en un sentimiento ajeno al ca-



à 30 años

rácter y aptitudes de un pintor naturalista por excelencia, y con tendencias opuestas á las seguidas por éste en sus obras anteriores, constituye una excepción entre todas ellas. Y sea por esto, sea por otras causas, fué muy discutido durante la Exposición, y no obtuvo el premio que del esfuerzo que pintor de tantos alientos había empleado en el desempeño de la obra podía esperarse.

Volvió Sorolla á Italia instalándose en Asís, á cuya histórica ciudad bien pronto se aficionó, alternando sus tareas, haciendo, ya estudios inspirados en los maestros italianos de los siglos XIII y XIV que á su vista se ofrecían, ya otros recordando aquellas obras de Bastien Lepage que tanto le impresionaron durante su permanencia en París. Fué esta época un paréntesis en la vida del artista, un momento de descanso en aquel lugar tranquilo y solitario, que le prestó nuevos bríos para acometer las obras posteriores.

En Asís pintó el cuadro, último envío de pensionado, *El Padre Jofré amparando á un loco*, el cual se halla en el Hospital provincial de Valencia.

Es un cuadro ecléctico, hecho bajo la influencia de otros de diversas tendencias que le impresionaron en los estudios de Roma y en las Exposiciones de París. Lo más típico de este cuadro, lo más verdadero, lo que mejor acusa la personalidad del pintor, es la figura del protagonista, severa, real y de gran carácter. Es asimismo la que revela mayor maestría técnica.

Terminada esta obra, marchó á Valencia para llevar á efecto su matrimonio, cuya benéfica influencia en la vida íntima del artista se reflejó desde entonces en sus creaciones pictóricas.

Su joven esposa, dotada de claro entendimiento y de virtudes que la modestia hace pasar inapreciadas, levantó el ánimo decaído del pintor en los días de desaliento, templó no pocas veces la fogosidad impetuosa y la impresionabilidad de su temperamento nervioso; le auxilió, en fin, en todos los momentos difíciles, tan frecuentes en la vida

de un artista que lucha tenazmente en pos de un ideal que jamás se alcanza.

Como muestra de la producción de Sorolla desde su viaje á Italia, á principios de 1885, y de lo mucho que pintó en París en este mismo año, pueden citarse las obras presentadas por él en Madrid, en la Exposición de 1890, las cuales, con ser tantas y tan variadas, no reflejan, á decir verdad, la genuína personalidad del artista.

En la imposibilidad de enumerar las obras de Sorolla realizadas desde aquella fecha de 1892, señalaremos tan sólo las más capitales, empezando por la titulada *El día feliz*, la cual, en unión de *Otra Margarita*, *Después del*



à 32 años

baño, y varios retratos y estudios, figuró en la citada Exposición de 1892.

La vuelta de la pesca lo reúne todo: composición grandiosa de líneas, ponderación de masas y colores, justa relación entre los diferentes valores de los tonos, y conjunto y armonía en toda la obra. Abunda además en trozos de gran habilidad técnica, de la cual son buen ejemplo la pareja de bueyes en la sombra destacando de las espumosas olas iluminadas por el sol; la enorme vela que corta el cielo con una línea pintoresca y movida, y el mar, tratado de manera tan diferente según los términos del cuadro. Es éste uno de los más felices de su autor, y fué premiado con segunda medalla, obteniendo en virtud de este premio la honrosa distinción de artista *Hors concours*. Fué adquirido para el Museo del Luxemburgo de París, en donde se halla.

Este cuadro y el de la *Bendición de la barca* pueden citarse como tipos de la numerosa serie compuesta de otros muchos inspirados en escenas de las playas de Valencia. Los elementos que los constituyen son análogos, idénticos sus fondos, y casi todos se hallan iluminados de igual modo á la plena luz solar.

La Exposición de Madrid de 1899 y la Universal de París, dieron ocasión al artista para mostrarse en toda su plenitud y madurez.

Vivo está el recuerdo de las obras de Sorolla en nuestra última Exposición, cuyo admirable y variado conjunto se componía de los cuadros *Cosiendo la vela*, desconocido hasta entonces en Madrid, pero que venía precedido de sus triunfos en París, Munich y Viena; el titulado *Comiendo en la barca*; los dos vigorosos estudios de paisaje de Jávea, y dos retratos. La opinión de la mayoría de los artistas se pronunció aclamando á un pintor de personalidad tan saliente y que con tal pujanza se presentaba en aquel Certamen. Faltóle á Sorolla, sin embargo, la consagración oficial de estos entusiasmos, y no obtuvo la medalla de honor, para la cual fué propuesto, único galardón que le faltaba para completar la lista de dos premios reglamentarios.

Llevó Sorolla á la Exposición universal de París casi todas sus obras expuestas el 99 en Madrid, más dos cuadros pintados en la playa de Valencia en el verano del mismo año: *El baño* y *Triste herencia*.

Al lado de *Triste herencia* se hallaba colocado, en París,



á 33 años

el titulado *Comiendo en la barca*, en el cual se ven varios pescadores comiendo, á la sombra de la vela, cuadro de gran verdad y bello colorido, muy celebrado en Madrid en la última Exposición. No lejos de ambos, en la misma sala, el lienzo de gran tamaño *Cosiendo la vela*, uno de aquéllos en los cuales Sorolla logró vencer las mayores dificultades.

Á poco de abierta la Exposición, reunido el Jurado internacional de Pintura, acordó éste visitar las secciones de todos los países. Al entrar en la española los Jurados, entre los cuales tuve la honra de contarme, fué testigo de la impresión causada por las obras de Sorolla. El nombre

del pintor fué aclamado con verdadero entusiasmo, y desde aquel momento tuve confianza absoluta del éxito que había de alcanzar Sorolla en la votación de premios. Fué ésta honrosísima para él, pues obtuvo por gran mayoría, el primer día de la votación, uno de los veinte Diplomas de Gran Premio, únicos que se votaron; y fué aún más honrosa la distinción si se tiene en cuenta el rango y la calidad de los premiados. El nombre de Sorolla figura desde aquel día al lado de los de Dagnan Bouveret, Lenbach, Alma Tadema, Kroyer, Zorn y algunos otros de igual fama.

Visité con Sorolla pocos días después la Exposición universal, y debo confesar en honor suyo que, lejos de mostrarse envanecido con su triunfo, al comparar sus obras con otras muchas de aquel gran certamen, y al ver las propias á una luz y en un ambiente tan diverso de aquél en que fueron creadas, declaró con noble sinceridad las imperfecciones de que á sus ojos adolecían. En efecto: la intensidad de la luz de los países meridionales, merced á la cual parecen tan colorados los cuadros pintados en éstos, les perjudica sobremanera al ser transportados al Norte, en donde quedan por lo común fríos y descoloridos, cuando no tristes y oscuros. De ahí que, á pesar de cuanto se cree y afirma, los grandes coloristas antiguos y modernos abundan entre los pintores del Norte mucho más que entre los meridionales, pues aquéllos, á falta del color y brillantez de la luz que ilumina sus obras, se ven obligados á suplir estos elementos con los recursos de la paleta. En pocas visitas á la Exposición se hizo cargo de cuanto le interesaba conocer. Apasionado de los pintores modernos que más afinidad tienen con su manera de sentir y de interpretar la naturaleza, no llevó su entusiasmo hacia ellos al punto de menospreciar á otros de cualidades opuestas: antes al contrario, en su afán de perfeccionamiento, presintió la posibilidad de realizar un arte que



á 36 años

armonizara tan diversas tendencias. Es imposible, decía, que no puedan reunirse en un mismo lienzo la sinceridad de Kroyer y el ambiente de Zorn, con el vigor y relieve de un retrato de Bonnat y el carácter que sabe dar á sus figuras Jean Paul Laurens.

Sin detenerse en París más que algunos días, volvió á Valencia y de allí marchó á la costa de Jávea á emprender las tareas del verano. La campaña ha durado menos tiempo, pero ha sido más fecunda aún que las anteriores, y el resultado de ella da una nueva muestra de la ductilidad de su talento.

No nos detendremos en describir los diversos cuadros pintados á raíz de su visita á la Exposición; pero sí diremos que en dos de ellos, que titula *Fin de la jornada* y *Escaldando la uva*, aparecen de un modo claro transportadas al lienzo las ideas que le despertara dicha Exposición. Estas dos obras muestran mayor riqueza y más brillantez de color que sus obras anteriores. Además, se observa en ellas gran contraste entre las figuras de los primeros planos, de mucha corporeidad y acento, y los otros términos, sin que esto perjudique al ambiente y al conjunto de dichos cuadros. (*)

De un pintor que, joven aún, ha revelado en tantas y tan diversas obras dones excepcionales para el arte que cultiva, y que á estas prendas suma gran entendimiento, penetración sagaz y laboriosidad constante, se deben esperar, en el porvenir, nuevas y más sorprendentes creaciones. Confiados en esta esperanza, damos término al pre-

sente estudio, en el cual hemos procurado que no domine en modo alguno la pasión hija del afecto que profesamos al amigo, ni la del entusiasmo que nos inspira el artista.

AURELIANO DE BERUETE

(*) Las mismas cualidades se observan en las obras que acaba de exhibir en la Exposición Nacional de Bellas Artes, en la cual ha obtenido una de las distinciones más codiciadas por los artistas: el Premio de Honor.

Del papel hecho por el eminente artista en dicho Certamen, no cabe decir otra cosa sino que ha sido en un todo digno de su fama. La crítica le ha prodigado en esa ocasión los más entusiásticos elogios, ratificándose una vez más en el parecer de que Sorolla es uno de los primeros astros que han brillado en el cielo del arte español, como lo confirman todas las obras suyas que ha presentado y entre las cuales las hay verdaderamente grandiosas.

Triste herencia, (de que se habla más arriba á propósito de la Exposición Universal de París), *La familia*, *¡Madre!* y *Los novios*, son cuadros capaces de conquistar á cualquier artista una fama perdurable y de poner el nombre de su autor al lado del de los mejores maestros.

Y si con dichas obras no hubiese bastante, podrían sacarse á relucir los retratos que ha expuesto Sorolla en la misma Exposición, entre los cuales figura el del autor de este estudio.





FAMILIA SOROLLA

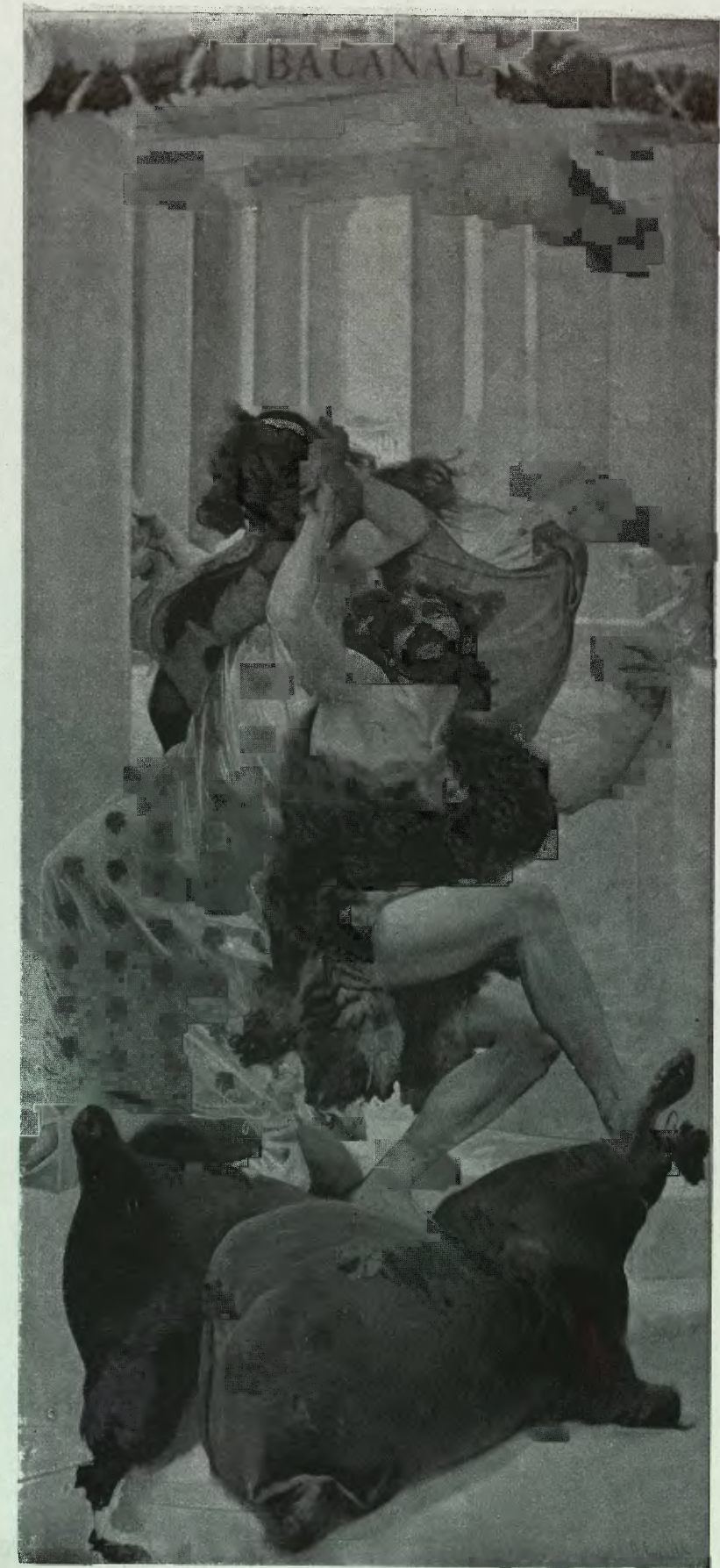


BOCETO



PANNEAU DECORATIVO

PANNEAUX DÉCORATIVOS





RETRATO DEL EX-MINISTRO D. RAIMUNDO DE VILLAVERDE

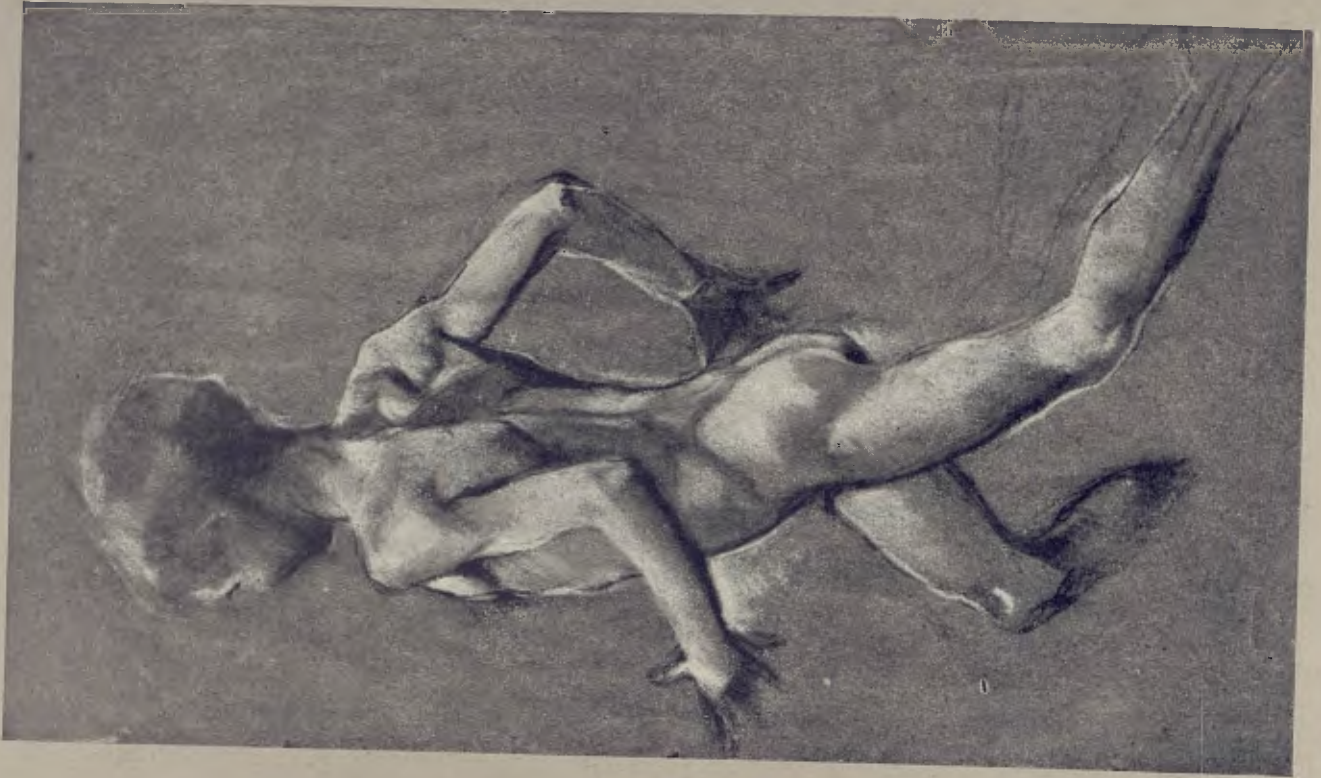


BOCETO



UN ÁNGULO DEL TALLER DE SOROLLA





ESTUDIOS DE DESNUDO



UN ÁNGULO DEL TALLER DE SOROLLA



RETRATO DE NIÑA



ESTUDIO



ESTUDIO



FIN DE LA JORNADA



LA PRIMAVERA.—VALENCIA

PANNEAU PARA REPRODUCIR EN AZULEJOS CARTÓN-PIEDRA. PROPIEDAD DE D. HERMENEGILDO MIRALLES



FABRICACIÓN DE PASA



ALMACÉN DE PASA



IDILIO



TRISTE HERENCIA



SALIENDO DEL BAÑO